

MURIO JHON D. ROCKEFELLER, UNO DE LOS GRANDES "BARONES DEL ROBO" DE LOS ESTADOS UNIDOS

John D. Rockefeller nació en 1836, en un campo del interior de Estados Unidos. Como Ud. observará, casi llega a ser centenario.

Es hijo de un caballero de industria y de una mujer piadosa y buena. Su padre, William Rockefeller, era un tipo pintoresco y sin escrúpulos. Se hacía pasar por médico y timaba a los campesinos con pocinas que no eran sino agua de azúcar con algunas gotas amargas. Jugador, mujeriego, necesitaba dinero en abundancia y cuando los timos inocentes ya no le daban el resultado apetecido, se dio a robar caballos. La justicia le persiguió y tuvo que ocultarse. Por último, desapareció definitivamente hasta que volvió a verse en 1902, en una fiesta de su hijo John D., ya para esa fecha millonario.

John D. conservó siempre un tierno recuerdo de su padre. Le admiraba por su «habilidad» para llenarse el bolsillo con el dinero ajeno. La madre, mujer sencilla y buena, no ha sido recordada por él con simpatía. Todo su afecto filial fué para el padre tarambana y tramposo. Ya anciano, John D. dirá, recordando los días de su lejana infancia y refiriéndose a su padre: «Es a él a quien debo mi preparación para la vida práctica. El me explicaba sus empresas y me iniciaba en los principios y en los métodos de los negocios».

Los comienzos de Rockefeller son modestos. Ingresó como empleado a una casa comercial encargada de transportes navieros. Sus entradas son muy limitadas. Su tacatería, que con el tiempo se ha hecho proverbial, ya entonces daba sus primeras manifestaciones. John D. ha conservado religiosamente una libretita donde apuntaba hasta sus menores gastos personales. Allí jamás aparece la compra de un libro ni de un boleto de teatro. El único lujo que se daba, era el de pequeñas limosnas a la iglesia baptista. Desde entonces, era un puntual asistente a los oficios dominicales de su iglesia. Cantaba en ellas himnos religiosos y de vez en cuando pronunciaba sermones incitando a los feligreses a pensar en Dios y a olvidarse «de los groceros placeres de este mundo».

A poco, su egoísmo sufre una gran prueba. Estalla la guerra de secesión. El pueblo yanqui se divide en dos bandos, luchando encarnadamente: los hombres del Norte, con Lincoln a la cabeza, que se batían por la libertad de los negros, y los hombres del Sur, que se batían por la esclavitud. John D. permanece neutral. Sólo piensa en que la oportunidad es propicia para ha-

cer buenos negocios, pues desde hace algún tiempo ha abandonado su empleo y trabaja por su cuenta en una pequeña agencia naviera. John D. tenía 22 años, la edad en que la inmensa mayoría de las hombres se sienten apasionados por una causa, pero él no se aposiona sino por los negocios. Su hermano Frank, de 16 años logra engañar a las autoridades acerca de la fecha de su nacimiento y se inscribe como voluntario. A él le da donde su hermano para solicitarle un pequeño préstamo a fin de trasladarse a los campamentos militares. John D. lo recibe ásperamente, lo increpa por su «quijotismo» y le niega el préstamo. Años después, ese mismo hermano hará que el ataúd de un hijo suyo sea retirado de la tumba de la familia no queriendo dejarlo «en una tierra controlada por ese bruto de John D.»

En 1867 se casa con Laura Celestie Spalman, hija de un rico comerciante. John D. confesará después que le atrajo en su mujer, una cualidad coincidente con otra suya: el espíritu de economía llevado al límite extremo. «Cettie» era también, como John D. puritana y devota fiel de la iglesia baptista.

Para esa época, una industria estaba naciendo en el centro del estado de Pennsylvania. El aceite mineral, o petróleo, extraído del subsuelo, fue utilizado primitivamente con fines medicinales. Se le aplicaba como depurativo para curar algunas enfermedades. Se recogía el líquido aceitoso en pequeños manantiales. Drake hace brotar petróleo en el interior de Pennsylvania, mediante perforaciones artificiales. Al mismo tiempo, por una extraña casualidad, descubrió un pobre herrero de Machin, Siegfried Marcus, el primer modelo de motor de explosión. Los pozos de Drake y el motor de Marcus, abrieron una era nueva: habían surgido, para revolucionar la técnica el motor que iba a hacer posible el automóvil y el avión; y el combustible que iba a alimentar ese motor.

John D. se asocia con Andrews y juntos ponen una refinera de petróleo. (Este sale del subsuelo en estado «bruto». Mediante tratamientos especiales se transforma en bencina, en gasolina, en kerosén, etc.) El conjunto de estos tratamientos se ejecuta en establecimientos especiales llamados «refinerías».

John D. necesita un socio capitalista. El negocio en que se ha metido absorbe mucho dinero. Este socio es Flager. Aporta dinero de su propio bolsillo y se dedica a administrar el negocio. John D. necesita un socio capitalista. El negocio en que se ha metido absorbe mucho dinero. Este socio es Flager. Aporta dinero de su propio bolsillo y se dedica a administrar el negocio.

El 24 del mes en curso murió en los Estados Unidos el Rey del Petróleo, John D. Rockefeller a la edad de 97 años. Fue una de las personalidades que florecieron al amparo de la libre competencia, la que le permitió explotar al prójimo con la misma libertad con que las leyes feudales permitieron a los piratas robar en los mares en los siglos pasados. Cientos de miles de individuos perecieron hambre en beneficio suyo. Su poderío estaba asentado en la miseria y el dolor de miles de seres humanos. Los millones de dólares de la Standard Oil, la Compañía Petrolera de la que fué fundador y jefe, junto con los de la Royal Dutch de Sir Henry Deterding fueron los que lanzaron a Bolivia y al Paraguay a la espantosa guerra del Chaco. Miles de bolivianos murieron en aquellos campos que alguna llamó el Infierno Verde, en defensa de los intereses dominados por este viejo.

Cuando hubo amasado una gran riqueza, se dedicó al deporte de la filantropía. Las migajas caídas de su mesa de millonario, fueron dedicadas a fundar instituciones para curar en todo el mundo gratis a los trabajadores víctimas del paludismo, de la fiebre amarilla; a proteger universidades, a reconstruir las catedrales que los obuses alemanes destruyeron en Francia, etc., etc. Con esto hizo unas luminosas ornamentaciones para su nombre, cada donativo daba lugar a que los periódicos sacaran su nombre con grandes letras en la primera página y que los Lintitos del mundo entero echaran a los vientos en su honor su retórica de oropel grandilocuente. Para levantar su gigantesca riqueza Rockefeller no vaciló en sacrificar a millones de hombres. Luego para hacerse una aureola de filántropo, dedicó una parte de sus fabulosas utilidades obtenidas a fuerza de explotar a su prójimo en la famosa Institución Rockefeller, una de cuyas principales actividades consistió en repartir capsulitas de quinina por todas las regiones palúdicas del mundo a fin de que no faltaran peones a quienes seguir sacándoles hasta la última fuerza.

prando senadores para sus especulaciones en valores del Estado. Pero esto no le importa a John D. El dinero no tiene olor. No importa su procedencia, con tal de que sea constante y sonante. John D. personalmente no toma alcohol; prohibió el día de su matrimonio que se sirviera vino a la mesa; cuando atraviesa las calles de Petroleum Centre —ciudad creada vertiginosamente alrededor de los pozos petroleros de Drake— en vano le hacen llamadas incitadoras las prostitutas. John D. sigue su camino inmovible, con su biblia protestante debajo del brazo, a comprar petróleo a los productores con el dinero que le ha aportado Flager, dinero proveniente del comercio de alcohol adulterado.

Rockefeller, con otros refinadores, entra en su primera, audaz e inescrupulosa aventura. Forman una sociedad que negocia con las compañías ferrocarrileras que transportan el petróleo de los pozos a las refineras. Logran para sus empresas «tarifas diferenciales», esto es, más bajas, secretamente por supuesto, que las cobradas a los refinadores al margen de la «combinación». La quebra de éstos sería segura. No podrían resistir la competencia. Pero el pastel se descubre. Hay una agitación popular extraordinaria. Los refinadores al margen del chanchullo y los productores hacen mítines, desfiles, campaña de prensa. Llegan hasta armar a mil hombres, dispuestos a impedir a tiros la sucia combinación. Esta fracasa, se disuelve la sociedad de marras y Rockefeller empieza a ser conocido y odiado.

Este ha permanecido detrás de bastidores. Sufre sin sentirse la aparente derro-

ta. Y digo aparente, porque había sabido maniobrar en el sentido de que las compañías de ferrocarril decían que estaba roto el primitivo acuerdo con Rockefeller, cuando en realidad subsistía. Sin embargo de esto, John D. no tuvo inconveniente en jurar ante un tribunal, sobre la «Sagrada Biblia», que ni rastros quedaban de la primitiva entente que había provocado tanto escándalo.

Comienza entonces a arruinar a sus competidores. Nadie lo resiste, porque las tarifas secretas que le dan los ferrocarriles le garantizan el éxito. Funda la STANDARD OIL. A los refinadores que no quieren venderle sus negocios, los arruina, quítandole sus clientes, a los cuales les vende por un tiempo bajo el precio de costo; arrebatándole los que le venden el petróleo bruto, a los cuales les compra también por un tiempo al doble de los precios corrientes. Cuando son tercios para entregarsele, sus competidores conocen otros géneros de procedimientos de John D. Un buen día, se les incendia la refinera. Los agentes de LA STANDARD —que constituyen un vasto y complejo «Servicio Secreto», —saben operar sin dejar huellas.

Ni las mujeres, ni las viudas, merecen compasión del frío hombre de negocios. La Sra. Backus hereda de su marido muchas deudas y una refinera. Ella quiere reivindicar el nombre de su esposo muerto, pagando lo que debe; y estabilizar el negocio, para educar a su hijo. Había con John D.; le suplica rango que no la hostilice. Este se conmueve en apariencia y promete ser generoso. Pero también la Sra. Backus tiene que ceder, porque John D. no perdona; los agentes de la STANDARD le

quitan los clientes mediante precios espectaculares, las compañías de ferrocarril no le transportan aceite; agentes misteriosos rompen las tuberías y provocan incendios parciales. La Sra. Backus vende a John D.

Los productores independientes, para librarse de la tiranía de John D. y de los ferrocarriles que controla, intentan transportar el petróleo por «oleoductos» (pipe-lines). Los agentes de John D. compran diputados, hacen que la Cámara se pronuncie contra ese proyecto, alegando que el jefe de los productores «independientes» de petróleo también fabrica aperitivos y puede hacer transportar por esos todos ríos de vermut... Además, los oleoductos pueden romperse y provocar incendios que destruyan regiones enteras. Esto no impide que a las pocas semanas los oleoductos de las empresas de John D. estén transportando hasta el mar millones de barriles de petróleo.

John D. es ya el hombre más rico y más odiado de los Estados Unidos. La STANDARD controla la producción y distribución del petróleo en todo el país. Hasta la venta a domicilio, en carritos, está controlada por el trust omnipotente.

Los tribunales investigan. John D. es llevado ante los jueces. Asesorado por los abogados mejores, adopta un aire inocente. No sabe nada de nada. Jura sobre la Biblia que es dueño apenas de unas pocas rebuertas. Ya para entonces, mediante operaciones que se ha cuidado de mantener ocultas, acapara el negocio en todo el país.

Los juicios contra John son prolongados mediante interminables, o bien los jueces son comprados para que fallen favorablemente a la Standard. Pero llega Roosevelt al poder (el pariente del actual presidente). Es enemigo de Rockefeller, quien siempre ha financiado las campañas electorales de los demócratas, sus opositores políticos. Roosevelt hace pasar la ley Sherman, donde se condena a cárcel a quien monopolice negocios industriales y comerciales. Rockefeller, llevado ante los jueces, promete disolver su compañía. En efecto, hace una asamblea, se disuelve el «trust», pero las acciones se le adjudican individualmente los mismos que eran gerentes de las compañías ancladas a la Standard. Una vez más, el rey del petróleo se libra de sus jueces.

Pero es necesario acaparar más. Estados Unidos ya no produce una gota de petróleo que no este, directa o indirectamente, controlada por la Standard. Salen los agentes de John D. a conquistar el mundo. En México provocan sangrientas revoluciones para lograr concesiones en perjuicio de la

Royal Dutch, la gran compañía anglo-holandesa. En Costa Rica, su agente Valentine compra todo un Congreso y tiene influencia en la preparación de la guerra con Panamá. En Venezuela, la Standard apoya incondicionalmente a Juan Vicente Gómez, y éste puede continuar su política de crimen, porque detrás de su trono están, apuntándolo, los cañones de Norteamérica, movidos a voluntad por el rey del petróleo. En Bolivia, el petróleo de John D. no tiene salida al mar. El gobierno boliviano, por órdenes de la STANDARD, le declara la guerra a Paraguay, para conquistarse una vía de comunicación con la costa. Ochenta mil hombres han muerto hasta la fecha para que el «oro negro» del Chaco se convierta en áureos dolares para John D. Entre Colombia y Venezuela, quiso incubarse una guerra. Se trata de la disputa de un terreno, rico en el codiciado aceite. La STANDARD, la compañía de John D., preparaba los planes de esa matanza. Y mientras tanto, Rockefeller filántropo se hace alabar de los papanatas, por que dedica un porcentaje mínimo de sus ingresos diarios que suben a varios millones de dolares, para comprar quinina y para alquilar médicos que le inyecten gratuitamente a unos centenares de paudicos de los países tropicales.

En los campos de petróleo de John D., en Patagonia, en Venezuela y Colombia, en el Lejano Oriente, mueren diariamente miles de hombres. Las explosiones son frecuentes durante las perforaciones. Los incendios devastan regiones enteras, como sucedió con la ciudad de Píritu y como los que han destruido varios pueblos en las orillas del Lago de Maracaibo, en Venezuela. Los hombres que transportan la nitroglicerina, sustancia la más explosiva que existe, vuelan con todo y camión, el menor choque del vehículo con una piedra, en proporción de 1 por cada 3 en periodos de seis meses. Viven los trabajadores de los pozos hechos en barracas, bajo calores infernales, expuestos a los huracanes que no perdonan, de las pampas de la Patagonia y de los desiertos de Arabia. En esas regiones donde la naturaleza es implacable, se consume opio, cocaína, el alcohol, en proporciones fantásticas. Los establecimientos comerciales de la Standard se preocupan de aprovisionarse bien de esos estupefactentes, para hacer olvidar a los hombres su vida tremenda.

Por el petróleo se matan los pueblos. En la guerra mundial de 1914, la posesión de las tierras productoras de ese líquido, indispensables para lograr concesiones en perjuicio de la